

ROCÍO MAÑANA BOUZÓN

LA PROMESA

7

LA PROMESA

ROCÍO MAÑANA BOUZÓN

Título: La promesa.

© 2024, Rocío Mañana Bouzón.

De la cubierta y maquetación: 2023, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*¡Yo quiero ser guerrero,
como lo sois vosotros,
dejándome los huevos
en cada canción
cantando como locos!*

(Melendi)

Cenizas en la eternidad

Este proyecto lleva mucho tiempo en mi cabeza, más del que estoy dispuesta a admitir. No sé cuándo explotó la idea en mi mente, si fue un día en mi casa, en el coche o en un concierto, pero sentía que tenía que hacerlo, hacer algo que fuese mío, de Él y de todos los guerreros. Pero ¿cómo plasmarlo? No podía hacer simplemente un libro con la historia de sus canciones, un *fan fiction* o un libro dedicado a él sin más. Tenía que buscar la manera de que todo encajase, pero a la vez fuese independiente, que fuese para los de siempre, pero también para los que llegaron en la nueva época. Y una noche, ¡Pum! La idea surgió en mi cabeza. ¿Por qué no hacer historias mensuales, hiladas, pero que se puedan leer independientes? Nada más tuve la idea, le escribí a Roma, ella siempre sabe dar en la tecla para que todo fluya. Le conté mi idea, le pareció interesante y al momento se puso a hacerme trece portadas (las de las historias independientes y la del libro). Así nació lo conocido como #Proyecto12Meses (sin doce causas) y este libro que viene *Sin noticias de Holanda*, pero con mucha historia y cuidado, ¡que nos crecen los enanos!

Espero que disfrutéis de estas historias que no tiene más pretensión que la de entretener.

LA PROMESA

*Yo te prometo que yo
Seré quien cuide tus sueños
Y cuando tú estés despierta
El que te ayude a tenerlos*

Es que me parece increíble que estemos presenciando su tercer matrimonio, y joder, parece que cada vez las busca más jóvenes. Su futura mujer, la que está a punto de entrar en el juzgado, es ni más ni menos veinticinco años menor que él, podría ser perfectamente su hija, para ser exactos, se lleva con mi sobrina Carla la friolera de cinco años. Es decir, se lleva muchísimo menos con la que va a ser su hijastra que con el que va a ser su marido. Y sé que son muchísimos los que comentan que Cristina se casa con mi hermano únicamente por conveniencia, por el dinero, pero yo, que soy un enamorado del amor, confío en ella y en que su motivo está en que encontró en mi hermano una mente madura, un corazón noble y todas esas cualidades que el mundo parece olvidar al darse cuenta de su diferencia de edad.

Se hace un silencio sepulcral en la sala en cuanto se escucha como se abre la puerta del fondo. La novia, acompañada de mi anciano padre, entra y se encamina hacia la mesa donde se encuentran los papeles que han de firmar para unirse en matrimonio y ante la que ya se encuentra mi hermano Braulio.

En la breve ceremonia, donde me toca decir unas palabras, en las que no dudo en alabar a la pareja, remarco lo insignificante que es una cifra cuando dos personas se quieren de verdad como es su caso. Al salir hacemos lo típico de tirarles algo, solo que en este caso, por orden del ayuntamiento, solo tiramos flores, por el peligro que corren las palomas si tiramos arroz. Yo no sé si es verdad eso de que las hace explotar, pero tampoco me voy a arriesgar a descubrirlo, y con los pétalos las fotos quedan aún más bonitas.

Nos dirigimos al sitio del banquete, uno de los restaurantes más caros de la ciudad, situado prácticamente al borde de un acantilado, donde nos esperan unos aperitivos deliciosos aunque escuetos, porque esto es algo a lo que nunca me acostumbraré de la vida de lujo: cuanto más pagas, más escueto es lo que recibes.

Somos pocos invitados, porque por parte de la novia apenas vienen y de parte de mi hermano, al ser ya la tercera boda, muchos se han negado a aparecer, pero siempre se dice que los que quedan son los mejores y, sin duda, en esta ocasión así es.



Tras la llegada de los novios al restaurante, nos sentamos y la comida ocurre sin ningún tipo de imprevisto, justo hasta el momento del postre en el que me dan unas horribles ganas de ir al baño, probablemente debido a la botella de vino que me he bebido yo solo, pero, como dicen por ahí, solo se vive una vez y esta vida está para festejar la cosas buenas, y porque realmente

espero que la tercera sea la vencida y que la próxima boda que tengamos que celebrar sea la mía, aunque ni siquiera tenga con quien casarme.

Justo al levantarme, empiezan de nuevo los gritos pidiendo a los novios que se den un beso y, aunque no quito la mirada de la feliz pareja, sigo caminando hacia el baño. «Para que después digan que los hombres no podemos hacer dos cosas a la vez», pienso mientras aplaudo al ver el beso y, justo en ese momento, noto como algo húmedo cae por mi brazo a la vez que recibo un pequeño golpe. Clavo la mirada en lo que tengo a mi lado, una chica con cara de terror y, cuando miro en la misma dirección que ella, me doy cuenta de que los coulant con helado de vainilla están por el suelo, al igual que la bandeja. Me fijo en la camisa y veo de donde viene la humedad que he notado hace un momento, y es que uno de los helados ha caído por mi brazo.

—Perdón, perdón, perdón —consigue pronunciar la chica tras unos segundos de incertidumbre.

—No te preocupes, es mi culpa, no estaba mirando por dónde iba.

De pronto, aparecen un montón de camareros a nuestro alrededor que se ponen a recoger y uno de ellos, tira de la muchacha para alejarla de mí y meterla por la puerta por donde sacan la comida.



Durante el resto del banquete no veo a la chica con la que me choqué y eso que no he dejado de buscarla con la mirada desde el momento en que salí del baño, espero no haberla metido en un apuro.

Llega el momento del baile que, como es habitual, inauguran los novios bailando un vals; me sorprendo al escuchar la melodía puesto que no puedo reconocer de cuál se trata. En el baile también sigo atento a cada camarero para ver si me vuelvo a encontrar con ella, fue cosa de un momento, pero sus ojos me dejaron hipnotizado y lo que antes era simple curiosidad se está volviendo preocupación, ¿Y si la han echado por haberme chocado con ella? Fue totalmente mi culpa, ella no podría haber evitado la situación ni aunque anduviese con mil ojos. Tengo que ir junto a mi hermano y que me ayude a saber de su paradero, él podrá hablar con el metre y que le indique qué es lo que está sucediendo.

Aprovecho un momento en el que se ha acercado a la barra a pedir algo y voy hacia él.

—Hermano, tengo que hablar contigo.

—Tú dirás, Raúl.

—No sé si antes viste lo que pasó, choqué con una de las camareras y se le cayó el postre encima de mí, creo que el metre se la llevó y no he vuelto a verla.

—La verdad es que no estaba muy atento. Estaba embobado observando la belleza de mi mujer, es que suena tan bien, a ver, dílo tú.

—Tu mujer —digo para contentarlo.

—Suena exquisito. ¿Y qué pasa con esa camarera?

—Estoy preocupado, no la he vuelto a ver y temo que la hayan echado por mi culpa.

—Entiendo, siempre el abogado de las causas perdidas. Hermanito, imagino que en un lugar tan prestigioso como este no podrán tolerar una situación así y es probable que la hayan echado, sí.

—Pero no fue su culpa, fue mía. Tienes que hablar con el metre y descubrir qué ha ocurrido.

—Está bien, haré la consulta, pero deberías dedicarte a disfrutar, hermano, con suerte esta es mi última boda.

Mi hermano se va y yo me quedo pensando en si será esta su última boda, si por fin seré yo el afortunado que encuentre el amor. Me gusta celebrar el amor de los demás, pero me encantaría celebrar el mío.



Salgo de la estancia, pues necesito que me dé un poco el aire mientras dejo a mi hermano buscando al metre, y nada más salir por la puerta, me fijo en un bulto oscuro que hay en la distancia. Aunque no lo veo muy bien, creo que se trata de una persona, lo cual me parece bastante raro puesto que el parque donde se encuentra el restaurante fue cerrado para evitar mirones, ya que, aunque mi hermano sea bastante vanidoso, no deja de ser de los hombres más ricos de esta pequeña ciudad. Como no tengo claro si es un intruso o alguno de los trabajadores, decido acercarme sin hacer mucho ruido para evitar que escape en caso de que sea lo primero.

Conforme me voy acercando, distingo que lleva un abrigo enorme que lo tapa casi en su totalidad, por lo que tengo claro que no puede ser ninguno de los trabajadores, pues un sitio tan lujoso como este jamás los dejaría vestir de esa guisa.

—Perdona —digo alzando la voz cuando estoy apenas a unos pasos.

La persona se gira hacia mí y me quedo petrificado cuando veo su rostro, se trata de la misma chica que unas horas atrás tiró helado de vainilla por mi brazo, ¿pero qué hace aquí? ¿por qué no está trabajando?

—Tú... —digo en apenas un susurro.

—Perdone, ya me voy, no le diga nada al encargado, solo estoy esperando que pasen a recogerme.

—¿Pero ya has terminado de trabajar? —alcanzo a preguntar.

—El señor García, enojado, me pidió que me fuese y me olvidase de cobrar el día de hoy.

—¿Cómo? No puede decirle algo así.

—Sí puede, señor, yo no tengo contrato de trabajo y si él no me quiere pagar yo no tengo cómo corroborar que estaba aquí, es su palabra contra la mía.

—¿Pero cómo puede ser que un sitio que va de lujoso no tenga contratados a sus trabajadores? Esto es una vergüenza. Tú no te vas a ir de aquí y ahora mismo vas a entrar conmigo —digo enfurecido. Si hay algo que me molesta en este mundo son las injusticias, mi hermano siempre ha dicho que soy el salvador de las almas perdidas, pero es que no tolero que se menosprecie a nadie.

—No puedo entrar, señor, el encargado se enojaría muchísimo.

—De acuerdo. ¿Cómo te llamas?

—Luisa, señor.

—Por favor, deja de llamarme señor. —Ella asiente y yo prosigo—: Luisa, voy a entrar a buscar a mi hermano y juntos iremos a rendir cuentas con el encargado. Tú, por favor, quédate aquí esperando, enseguida vuelvo.

Ella vuelve a asentir y yo entro enfurecido de nuevo en el restaurante.



Busco a mi hermano y me lo encuentro acompañado de la persona adecuada, el maldito encargado que ha echado a una pobre mujer por un accidente, que podría tener cualquiera, incluso él, porque de eso se tratan los accidentes, no es algo provocado y por lo tanto no es predecible. En cuanto estoy junto a ellos me dirijo directamente a la rata inmunda que lleva este tinglado.

—¿Le parece normal lo que ha hecho?

—No sé a qué se refiere, señor —dice el hombre educadamente.

—Hace un rato, yo —y puntualizo esta palabra elevando un poco más el tono—, me choqué con una chica, haciendo que se le cayeran parte de los postres y qué sorpresa cuando, justo después de eso, dejo de verla en el salón.

—No se pueden tolerar ese tipo de incidentes.

—No fue un incidente, sino un accidente y culpa mía, la señorita fue muy educada y nada tuvo que ver.

—Ella tiene que ser previsoras ante situaciones así y no lo ha sido, así que yo he hecho lo oportuno.

—¿Despedirla y decirle que no va a cobrar el día de hoy? ¿Aprovecharse de que la pobre mujer está aquí sin contrato?

Veo como al hombre se le suben los colores y mi hermano, que lleva dirigiendo una empresa de construcción desde hace años, se empieza a poner furioso, porque él siempre ha velado por sus trabajadores y porque tuviesen un sueldo digno, porque hay mucha gente que piensa que el hacerse rico está relacionado con tratar mal a los empleados, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Cómo que sin contrato? —pregunta mi hermano alzando la voz a causa de su enfado.

—Eh, yo... no sabía...

—No mienta, usted lo sabía, y no sé si es algo que está relacionado con su posición en la empresa o fue otro el que no le hizo el contrato, pero no pienso permitir que esto quede así.

—¿Pero cómo sabe usted todo esto?

—Porque me he encontrado a la pobre ahí fuera esperando que la viniesen a buscar.

—¿Dentro del parque? —pregunta el hombre molesto.

—Sí, ¿es que pasa algo? —digo ya enfadado.

—No, claro —rectifica el hombre.
—Venga conmigo ahora mismo, vamos a salir a hablar con esa mujer y que me aclare lo ocurrido. ¿Hay alguien más aquí que esté trabajando sin contrato?
—Eh, no sabría decirle, señor.



Al salir nos encontramos con que no hay nadie, no sé dónde se ha metido la chica, a lo mejor llegó quien venía a buscarla y se ha ido. «Le pedí que esperase», pienso algo molesto con su marcha, aunque puedo entender que pudiese temer las consecuencias de la situación

—Aquí no hay nadie —formula Braulio.
—Se ha ido.
—Pues, hermanito, para poder hacer algo al respecto tenemos que hablar con ella. ¿Tiene su teléfono? —pregunta mi hermano al encargado.
—No, es de una empresa externa, yo no sé nada de ella, solo su nombre.
—¿Cómo se llama?
—Luisa.
—De acuerdo. Puede irse a seguir con su trabajo, y si ocurre cualquier accidente, consúltenos a nosotros antes de proceder —le indica mi hermano.



Cuando vuelvo a entrar en el salón, busco a algún camarero para intentar indagar más sobre Luisa, no puedo permitir que esto quede así, perdió su trabajo por mi culpa y tengo que recompensárselo de algún modo.

—Disculpa, ¿tienes un momento? Tengo que hacerte una pregunta.
—Ahora estoy trabajando, disculpe, señor.
—Solo será un momento, es sobre Luisa.
Al pronunciar su nombre, el camarero repara en mí y se da cuenta de que soy el mismo hombre con el que se chocó su compañera hace unas horas.
—Señor, disculpe a mi compañera, ella no quería mancharlo, fue un accidente, la pobre ya ha tenido suficiente.
—Ya sé que ha sido un accidente y culpa mía, de cualquier modo. Quiero dar con ella

para ayudarla, el encargado la echó de malos modos y yo no puedo permitirlo. ¿Sabe dónde puedo localizarla?

Él me mira extrañado, pero tras meditarlo durante unos segundos, me pide que nos escondamos un poco.

—Parece buena persona. Tengo el número de Luisa en mi móvil, pero ahora no lo tengo aquí. Si espera a terminar la fiesta se lo daré.

—De acuerdo, gracias.



La fiesta terminó sin más percances y llega la mañana siguiente, o mejor dicho, la tarde, puesto que me he pasado toda la mañana durmiendo. Ahora que tengo un café caliente entre las manos —no puedo empezar ningún día sin él, sea a la hora que sea—, pienso en cómo abordar el tema. ¿Debería llamarla? ¿Enviarle un mensaje? ¿Cómo se actúa en una situación como esta? La verdad es que normalmente los números que adquiero es porque me los ha dado directamente el propietario, por lo que no sé cómo actuar ante una situación así sin que parezca que soy un acosador.

Termino decidiéndome por llamarla y, en caso de que no me coja el teléfono, le enviaré un mensaje.

Tres tonos suenan antes de escuchar su voz.

—Diga.

—Hola, Luisa, soy Raúl, el hermano del novio de la boda en la que estuviste anoche, el que se chocó contigo.

—¿Cómo tiene mi número? —pregunta asustada.

—Me lo dio uno de tus compañeros. Solo quería decirte que mi hermano le cantó las cuarenta al encargado y que salimos para aclarar el asunto contigo, pero descubrí que te habías ido. Necesitaba saber cómo estabas y me gustaría ayudarte.

—No necesito su ayuda, señor.

—Por favor, tutéame. Solo quiero ayudarte a buscar un empleo, soy el encargado del departamento de recursos humanos de la empresa de mi hermano y creo que podría ayudarte con el tema del currículum y a preparar una entrevista.

—El problema no se encuentra en mi currículum, señor, quiero decir, Raúl, sino en que no tengo los papeles en regla. Ya pasaron los tres meses de visado y tendría que haber vuelto a mi país, pero con todo, aquí he encontrado la vida que quiero darle a mi hijo.

—Si tienes un niño, con más motivo tienes que aceptar mi ayuda.

—No sé, ni siquiera me conoce, ¿por qué quiere ayudarme?

—Me siento culpable de que perdieras tu trabajo en el restaurante, aunque voy a encontrarte algo mucho mejor, te lo aseguro. Mi hermano siempre ha dicho que soy abogado de las causas perdidas.

—Pues muchas gracias. Dime cómo podríamos empezar.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde?
—No tengo con quién dejar a mi hijo.
—Te voy a enviar la dirección de una cafetería donde podremos hablar tranquilos, y puede venir tu hijo sin ningún problema, me encantaría conocerlo. ¿Cuántos años tiene?
—Dos años. De acuerdo, nos vemos allí. Gracias.



Cuando llego a la cafetería en la que hemos quedado, me encuentro a Luisa ya sentada con su hijo en una de las mesas, me acerco a ellos y pregunto si me puedo sentar, ella asiente.

—Gracias por aceptar quedar conmigo —le digo antes que nada—. ¿Has traído lo que te he pedido? Y no te preocupes, los sitios en los que hayas trabajado en negro también quiero conocerlos, no te voy a juzgar por ello, pero es importante para poder anotar en qué tienes experiencia.

—Sí, aquí tienes. Te he traído también mi título universitario, sé que aquí no vale porque me lo tienen que convalidar, pero no sé, también justifica un poco la experiencia que tengo en mi país.

—¿De dónde eres?

—Venezuela. Como están las cosas, ahora y desde hace ya un tiempo, no es un sitio adecuado para criar un hijo y, aunque echo de menos muchas cosas, no quiero volver. Vine por tres meses y me enamoré de esta esquinita del país, es todo tan verde y la lluvia, me encanta, creo que le da un halo especial a todo.

—Sí, sin duda la lluvia lo hace todo más especial y poca gente lo entiende, nosotros normalmente sí, pero en otras zonas de España le parece una locura que apreciemos tanto la lluvia hasta el punto de tener más de cincuenta palabras para referirnos a ella.

—A mí me parece bonito, pero bueno, hemos venido a hablar de trabajo, ¿no?

—Sí, claro, déjame mirar lo que has traído. —Ella me pasa una carpeta bastante completa donde hay un montón de información sobre trabajos que ha realizado en Venezuela, también aparece alguno de aquí de antes de que se le acabase el visado de visita—. Veo que has trabajado en muchos sitios, y que tienes la carrera de maestría, entiendo que eso es maestra de educación primaria, ¿no?

—Sí.

—Y, cuéntame, ¿en qué otros sitios has trabajado aquí?

—La verdad es que, fuera de lo que pone ahí, trabajé donde me encontraste, todos los fines de semanas desde hace un año, y algún festivo.

—¿Un año sin contrato?

—Sí, pero me pagaban bien y necesito el dinero para poder estar aquí alquilada y darle de comer a mi hijo. Además, al ser solo el fin de semana podía estar con él el resto de días y cuando trabajo me lo cuida una amiga que tiene una niña pequeña, un año mayor que el mío.

—Entiendo. Pues vamos a preparar un currículum, después lo llevaremos a una copistería

que conozco que abre todos los días, yo me quedaré unas pocas copias y tú el resto para que las compartas, también puedes añadirlo a portales de empleo, estoy seguro de que pronto daremos con algo mejor.

—Muchas gracias —dice con una sonrisa que parece sincera, y mira a su hijo, que está a su lado con unos colores pintando en una hoja que le he dado.

Cojo la tablet que tengo guardada en el maletín que me acompaña y nos ponemos manos a la obra.



Tras salir de la copistería nos despedimos y, desde ese momento, no he vuelto a saber nada de Luisa y su hijo, no sé por qué, pero esperaba que diese alguna señal de vida. Una semana, exactamente ha pasado una semana desde esa despedida y no sé qué es lo que siento. ¿Lástima? ¿Resquemor? ¿Qué me pasa?

No sé por qué esperaba que mantuviese el contacto, que me contase cómo iba lo de la búsqueda de trabajo, que me llamase feliz para decirme que había encontrado algo, que le iban a ayudar con todo el papeleo para la residencia, incluso para decirme que por fin podía desconectar un poco porque había encontrado una escuela infantil para el pequeño. No sé, esperaba cualquier tipo de señal, pero no he vuelto a saber de ella.

Suena mi teléfono y me abalanzo sobre él, pensando en que puede ser ella, pero el número que aparece en pantalla, aunque es de mujer, nada tiene que ver.

—Dime, Carolina.

—Te noto serio, ¿te pasa algo? Solo quería preguntarte si te apetecía tomar un café, tengo que contarte algo.

—Vale, ¿en el bar de siempre?

—Sí, perfecto.

Carolina es mi exnovia, con la cual quiero mantener una relación de amistad, por los nueve años que estuvimos como pareja. Crecimos juntos y cuando lo dejamos, o me dejó, porque ella ya no sentía lo mismo y quería experimentar con otras personas, consideramos que habíamos pasado muchos años juntos para tirarlos por la borda y que lo mejor era mantener una relación cordial, aunque a veces se me hace difícil. Pensad que era la única mujer con la que había estado, crecí con ella, fue mi compañera en todas esas primeras veces importantes y, aunque no tardé en darme cuenta de que ya no estaba enamorado y era cariño y rutina lo que me hacía seguir junto a ella, me costó mucho verla de otra manera, de hecho le pedí unos meses de contacto cero.

Cuando llego a nuestro bar, ella ya está allí y me sorprende muchísimo porque es de las que llega tarde a todas partes, aunque salga con tiempo, siempre se alinean los astros para que tenga cualquier percance, nunca nada grave, y se retrase.

—¡Qué rápida!

—Estaba cerca. Siéntate, por favor, no tengo mucho tiempo, pero tenía que contarte esto.

—Dime.

—Quiero ser madre.

Me atraganto con mi propia saliva ante esta confesión y no puedo evitar toser, hasta que casi me pongo morado por la falta de aire. Ella no deja de mirarme preocupada, sin saber muy bien qué hacer, y es una camarera que corre con un vaso de agua la que me ayuda, aunque cierto es que se va tan rápido que no puedo ni verle la cara.

Después de dar un gran trago y volver a respirar con normalidad, me animo a responderle lo más tranquilo posible.

—Cuánto me alegro. ¿Has conocido a alguien?

—No, verás, quiero pedirte que seas el padre, bueno, el padre no, solo el donante.

—No puedes pedirme algo así, Carol.

—Raúl, si no fuese por mí, es probable que ahora fuésemos padres de manera natural, ¿por qué no serlo de todos modos? Tú no tendrás que encargarte de nada.

—No, Carol, fuiste tú quien terminó la relación, pero si no hubiese sido así, habríamos terminado de cualquier otra manera, éramos más amigos que pareja.

—Y eso está bien, ¿no?

—Sí, pero no para tener un hijo en común.

—Sería mi hijo, no nuestro.

—Yo sabría que soy su padre y no podría hacer como si nada.

—¿Prefieres que me quede embarazada de cualquiera? Porque madre voy a ser, te pongas como te pongas.

—Me parece perfecto que quieras ser madre, pero esta no es la manera y menos con chantaje.

—Bueno, pidamos algo, ya lo hablaremos en otro momento.

—No hay nada que hablar, Carol.

—Lo que tú digas. —Levanta un poco el brazo para llamar la atención de uno de los camareros—. Perdona, ¿podrías traernos dos capuchinos?

—Sí, ahora, señorita —dice una voz que me resulta demasiado familiar.



Cuando nos traen los cafés no puedo creerme de quién se trata, aunque debería haberlo deducido por su voz y aquel acento tan característico.

—Hola —digo aún medio asombrado.

—Hola —contesta ella haciéndome sentir como un cliente más, y quizá para ella lo sea, al fin y al cabo, yo solo estaba haciendo mi trabajo.

Con todo, no me siento bien con esta situación, hay algo en mí que tira hacia ella, necesito saber cómo está, si ha conseguido la oportunidad que venía buscando, no puedo quedarme con las dudas, con ella no. Por lo que en cuanto termino el café, me despido de Carol y voy directo a la barra.

—Hola, quisiera hablar un momento con Luisa, ¿sería posible?

—Está trabajando —dice un señor con cara de pocos amigos.
—Lo sé, pero tiene derecho a un descanso y creo que podría hacerlo ahora.
—Lo hará cuando yo le diga.
—Por favor, buen hombre, solo serán unos minutos.
El señor me mira y parece que recapacita, porque termina llamándola. Cuando llega a nuestro lado, se queda parada al verme.
—¿Podemos hablar?
—Señor Raúl, ¿qué ocurre?
—Ya te dije que me hables de tú. Por favor, Luisa, acompáñame un momento.
—Estoy trabajando.
—Ya le he pedido a tu jefe que nos deje unos minutos.
Ella asiente con la cabeza y sale conmigo del establecimiento.
—¿No pensabas contarme que habías encontrado trabajo? No sé, esperaba al menos saber cómo te iba.
—Perdone, pero este trabajo no lo conseguí con lo que usted me dijo, estoy sustituyendo a mi prima y no me han hecho ni contrato, es para unos días solo.
—¿Cómo que no tienes contrato? No puede ser, tienes que pensar en algo más que el ahora.
—Lo siento, pero solo puedo pensar en mi hijo y tener dinero para mantenernos a los dos, me encantaría pensar en el mañana, pero ahora solo me importa el hoy.
—Pero, ¿no te das cuenta del peligro que corréis? Sin papeles, os pueden mandar de vuelta a Venezuela en cualquier momento.
—Lo sé, pero ahora mismo lo que me importa es poder darle de comer a mi hijo, y si no me quieren dar de alta pero me ofrecen un trabajo, yo no puedo hacer nada.
—Puedes negarte.
—No en mi condición, señor.
—Mira, voy a hablar con mi hermano, tienes una carrera y, aunque aquí no esté homologada, seguro que podemos hacer algo. Entre los dos, buscaremos un sitio donde puedas trabajar y te arreglen todos los papeles.
—¿Por qué hace todo esto por mí?
—No lo sé, suelen decirme que soy el abogado de las causas perdidas, pero solo es que aborrezco las injusticias.
—Muchas gracias.
—Ahora te dejo seguir trabajando, pero aparecerá algo mucho mejor.
—Sí, por favor, no querría que su novia se enfadase con usted.
—No es mi... —No termino la frase porque Luisa ya se ha ido y va directa a la barra donde su jefe la espera con cara de pocos amigos.



Entro en la oficina de mi hermano y me lo encuentro con la mirada fija en unos documentos.

—¿Qué haces? —pregunto haciendo que se sobresalte, pues no se había dado cuenta de mi llegada.

—Estoy mirando unos currículums. Tania, mi secretaria, me ha dicho que está embarazada y, aunque aún no se le nota, le han comunicado que es de riesgo y que tiene que guardar reposo absoluto, por lo que necesito encontrarle una sustituta de manera inmediata.

—No busques más, tengo la persona perfecta.

—¿Quién?

—¿Te acuerdas de la chica que se marchó el día de tu boda?

—¿La chica que se fue? ¿La camarera con la que no logré hablar?

—Sí, esa. Pues en la boda conseguí su número y le he ayudado a hacer el currículum. La verdad es que ha trabajado en un montón de cosas y tiene una carrera universitaria. Creo que tiene los conocimientos para ser tu secretaria.

—Pero no tenía papeles, ¿verdad?

—No, pero se los puedo tramitar yo con el contrato de trabajo.

—Dile que venga y le haré una entrevista.

—Pero quien hace las entrevistas soy yo.

—Te veo demasiado implicado con esa chica y esto no deja de ser un negocio.

Asiento con la cabeza y pienso en lo que ha dicho mi hermano, vaya locura que diga que estoy demasiado implicado, estoy haciendo lo que hago siempre. Es verdad que no suelo vincular las causas con la empresa, pero me gusta pensar que ha sido el destino el que ha querido que las cosas sucediesen de este modo, y yo no soy nadie para llevarle la contraria.

Ahora tengo que llamar a Luisa y darle la noticia.



¿Sabéis ese momento en el que estás súper ilusionado por dar una noticia porque piensas en la ilusión que le va a hacer a la otra persona? Conocéis esa sensación, ¿verdad? Pues así me siento yo mientras me dirijo a la cafetería donde me encontré por última vez a Luisa y, cuando entro y nuestras miradas se cruzan, siento una desilusión en sus ojos que se me cae el alma al suelo. ¿Es que le he hecho yo algo a esta mujer? Si solo pretendo ayudarla, pero parece que todo le da igual.

Busco con la mirada a su jefe, que en cuanto me ve parece que se pone nervioso y le hace una señal a Luisa para que venga hacia mí.

—Hola, señor Raúl, ¿puedo ayudarle en algo?

—Te he dicho muchas veces que no me llames de usted, Luisa, y sí, tengo que contarte algo.

—Disculpe, señor, estoy en mi trabajo y procedo con usted como con cualquier otro cliente, de ahí que no lo tutee.

—De acuerdo. ¿Tienes un minuto? Prometo ser breve.

Ella mira hacia su jefe, que parece que ha estado atento a nuestra conversación, pues le hace un gesto afirmativo con la cabeza y entonces nos dirigimos a una mesa que está un poco más apartada.

—Usted dirá.

—¿Incluso ahora me vas a hablar de usted? Bueno, da igual, venía a decirte que tienes una entrevista de trabajo y van a arreglarte los papeles.

—¿Cómo? Pero... si yo no... —No sabe qué decir y la entiendo.

—Te mando la dirección por mensaje. Será el jefe de la empresa el que te haga directamente la entrevista.

—Gra... gra... gracias. Perdona es que estoy en shock, no sabe cuánto le agradezco esta oportunidad.

—Solo una cosa.

—Dígame.

—No la cagues.

Salgo de allí y, antes de llegar a la esquina de la calle, ya me estoy arrepintiendo de lo que le he dicho. ¿Que no la cague? ¿En serio le he soltado eso? Parezco estúpido o, mejor dicho, he quedado como un estúpido. Solo espero que Luisa no reconozca a mi hermano de primeras y no desaproveche la oportunidad solo por no trabajar conmigo.



Tres días después de haber hablado con Luisa recibo su llamada.

—¿Quieres que trabaje contigo?

—Quiero que tengas un trabajo de calidad, Luisa, piénsalo, por ti y tu pequeño.

—¿Por qué eres así conmigo?

—No soy así contigo, soy así con todo el mundo, quizá si me conocieras podrías entenderlo.

—Puede ser, perdona, pero no estoy acostumbrada a recibir ayuda de manera desinteresada.

—Y, por cierto, no trabajarás conmigo, sino con mi hermano, serás su secretaria y, como sabes, se casó hace unas semanas, por lo que no debes preocuparte por ningún tipo de acoso, aunque si te sientes acosada en el trabajo, aquí estoy yo.

—¿Tú?

—Claro, desde recursos humanos llevamos también estos temas.

—Vale, gracias. Ya nos veremos —dice colgando.

«Esta tía es súper rara», pienso mientras miro la pantalla de mi teléfono, pero me alegro de haberla ayudado, aunque no sé por qué no me siento del todo reconfortado.



Han pasado dos semanas desde que Luisa entró en la empresa y no se ha dignado ni a pasarse un segundo por mi despacho, tampoco me la he encontrado por los pasillos, pero hoy tengo una reunión con mi hermano e inevitablemente nos vamos a ver. No tengo muy claro cómo debería relacionarme con ella porque, al fin y al cabo, no somos amigos, apenas conocidos, y fueron las circunstancias las que hicieron que nos tratásemos, probablemente si no fuese por ese choque accidental que tuve de camino al baño ni sabríamos uno de la existencia del otro. Y la verdad es que me alegro de cómo ocurrieron las cosas, porque si no Luisa seguiría en un trabajo mediocre en el que ni siquiera la valoran y siento que, de alguna manera, le estoy cambiando la vida, a ella y a su pequeño, aunque no se digne siquiera a agradecérmelo.

Cuando estoy al fondo del pasillo del despacho de mi hermano, tengo ya una visibilidad de la mesa donde se encuentra Luisa y, tras una fuerte exhalación, me dirijo directo a ella, quiero que anuncie a mi hermano que estoy allí y ver si tiene algún tipo de reacción.

—Hola, Luisa, ¿puedes informar a Braulio de que ya estoy aquí?

Ella me mira sorprendida, se levanta de su asiento sin decir nada y entra en el despacho de mi hermano. Unos minutos después, abre la puerta y me invita a pasar saliendo ella del mismo, pero sin hablar. Esperaba notar algún tipo de reacción en ella, pero para nada esperaba este silencio absoluto.

Entro y mi hermano, en cuanto me ve la cara, probablemente desenchajada, pregunta:

—¿Ocurre algo?

—No, más bien es porque no ocurre que estoy así.

—Explicate, hermanito, que no te entiendo.

—A ver, cuando contratamos a Luisa, esperaba algún tipo de agradecimiento por su parte, pero ni me ha dirigido la palabra en estas dos semanas.

—A ver, Raúl, que me entero yo. ¿Has hecho esto para ayudarla o porque esperabas algo a cambio?

—Para ayudarla.

—¿Entonces por qué te molesta?

—Porque lo mínimo es dar la gracias, es cuestión de educación.

—Estoy seguro de que te dio las gracias en su momento, pero... aquí hay algo más.

—No, no lo creo.

—¿Venías solo a esto? Porque te recuerdo que estamos en el trabajo y, para aguantar tus tontadas, prefiero hacerlo fuera del horario de oficina.

—No, claro, perdona. La reunión era para comprobar las próximas contrataciones, la obra nueva que queremos hacer en Cambre está a punto de empezar y habrá que contratar nueva mano de obra.

—Cierto, pues nos ponemos con ello. ¿Tienes currículums?

—Aquí mismo.

La reunión con mi hermano continúa como debe, aunque no puedo evitar que mi mente viaje de vez en cuando hacia Luisa, me parece una mujer muy misteriosa y la verdad, aunque no sepa muy bien el motivo, me gustaría conocerla más.

Cuando terminamos y salgo del despacho de mi hermano, ya casi es la hora de salir y me encuentro a Luisa ensimismada ante la pantalla del ordenador.

—Deberías ir recogiendo, ya casi es hora.

—Prefiero terminar unas cosas y recoger justo cuando lo sea.

—¡Qué trabajadora! —comento.

—Bueno, espero que fuese por eso mismo que me contrataron, siempre me he tomado mi trabajo muy en serio, pero después de esta oportunidad muchísimo más. No te imaginas lo importante que es para mí estar aquí y poder darle por fin una vida digna a mi hijo.

Ese era justo el motivo por el que me había metido tanto en aquello, por aquel niño y por la mujer que tenía ante mí, para qué negarlo, había algo más allá de lo profesional que me llamaba de ella.

—Luisa, quería preguntarte si... —Justo en ese momento, el molesto tono de mi teléfono comienza a sonar y al cogerlo veo que es Carol—. Disculpa, tengo que atender la llamada.



—Ya tengo cita en una clínica —dice Carol nada más descuelgo el teléfono.

—¿Te has decidido por la inseminación in vitro?

—Eso ya lo tenía decidido, tonto, solo necesito que vengas a dejar tu muestra.

—No voy a ser el padre de tu hijo, Carol.

—No serás su padre, solo el donante.

—Los donantes tienden a ser anónimos, no la expareja. No puedo hacer algo así, lo siento.

—Piénsatelo, por favor, tengo cita el viernes que viene.

—No hay nada que pensar, Carol.

Cuando finalizo la llamada y me giro para volver junto a Luisa, me doy cuenta de que ya no está, en el transcurso de la llamada se ha ido y solo espero que no haya sido por nada que haya podido oír, no me gustaría que se llevase una impresión equivocada de mí.

Me planteo llamarla y decirle por teléfono lo que iba a decir justo cuando nos interrumpió Carol, pero no le encuentro mucho sentido ya, espero coincidir otro día más con ella en la oficina y sacar el valor para proponerle salir a cenar, hay algo en ella que me invita a conocerla.



Pasan otras dos semanas hasta que volvemos a coincidir en el trabajo y sé que, en una situación como la nuestra, provocar un encuentro sería de lo más sencillo, al fin y al cabo, ¿quién iba a sospechar de que tenga que ir al despacho de mi hermano? Nadie, pero con todo, prefiero dejar un poquito al destino que haga su trabajo. Aunque sabiendo que es justo por ella por lo que tengo hoy reunión con Braulio, no sé si está bien culpar al destino, pero bueno, es porque lleva un mes en la empresa y tenemos que reunirnos para ver cómo ha sido su rendimiento.

La saludo antes de entrar en el despacho de mi hermano y creo visualizar una pequeña sonrisa en su rostro.

—Hola, hermano —digo nada más entrar—. Y bien, ¿cómo ha ido este mes con mi nuevo fichaje?

—La verdad es que es muy buena, hermanito, has dado en el clavo al contratarla y me da hasta pena pensar en echarla cuando se reincorpore mi secretaria.

—Para eso aún falta mucho y siempre podemos reubicarla, es una opción.

—Pero hay algo que sigo sin entender.

—¿Qué no entiendes?

—Porque te importa tanto esa mujer si ni siquiera te hace caso. Os he observado a lo largo de estas semanas y ni te saluda, pero tú, en cambio, estás súper pendiente de ella. Hermano, ¿hay algo que tengas que confesar?

—¿Confesar? ¿Yo? ¿Qué voy a tener que confesar?

—Que te gusta, por ejemplo.

—¿Gustar? ¿Cómo me va a gustar si, como tú has dicho, no tenemos ni relación?

—No sé, hermano, a veces sucede así y solo es necesario una mirada, una sonrisa, ya sabes que el amor es difícil de explicar. Pero yo doy gracias a que así sea, si no a ver cómo iba a estar yo con una chica como Cristina.

—Sí, sin duda eso es algo difícil de explicar.

—Oye, un poquito de respeto que soy tu jefe.

—Y mi hermano mayor.

—Pues con más inri deberías respetarme. ¿Y qué, vas a hablar con ella? —dice haciendo un gesto con la cabeza, como señalando a través de la pared.

—No tengo nada que hablar, hermano, estás viendo fantasmas donde no los hay.

—Tiempo al tiempo, hermanito.

Decido volver a encauzar la conversación en lo que es realmente importante y, en cuanto salgo del despacho de mi hermano, el suspiro que echo por mis labios hace que Luisa se me quede mirando fijamente.

—¿Pasa algo? —pregunta asustada, pues sabe que la reunión de hoy era sobre ella.

—No, tranquila, todo está bien.

—Me preocupó con ese suspiro.

—Sí, es que a veces mi hermano se vuelve poco profesional y saca temas que no vienen al caso.

—Ah vale, me había asustado.

—Lo que sí quería preguntarte una cosa.

—Dígame.

—¿Vas a dejar alguna vez de tratarme de usted? Somos... —Me callo antes de terminar la frase, quiero evitar por un segundo recordarle que somos compañeros de trabajo, sobre todo teniendo en cuenta lo que estoy a punto de decirle—. Quería preguntarte si querrías quedar conmigo después del trabajo para tomar algo, totalmente informal, solo es para cotejar lo que he hablado con mi hermano.

—Pero si es una cuestión de trabajo, ¿no deberíamos tratarlo en horario laboral?

—Sí, claro, pero también quería preguntarte sobre cómo te va la vida y claro, eso no sería profesional hacerlo aquí.

—¿No? Bueno, da igual, podemos quedar mañana después del trabajo, si te parece.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro y se me atragantan las palabras, por lo que asiento y, sin saber muy bien el motivo, noto como mis manos comienzan a sudar. ¿Nervios?



No me creo que haya conseguido quedar con ella después del trabajo. Estoy tan ilusionado que me noto hasta nervioso, me sudan las manos y siento que mi olor corporal va en aumento conforme me voy acercando al local donde hemos quedado, una pequeña cafetería situada en la marina de nuestra ciudad, un sitio poco conocido, pero con cierto encanto y que, sin duda, tiene el mejor café con hielo de la zona o, al menos, el mejor que he probado.

—Buenas tardes —dice cuando me ve, con una sonrisa—. Yo ya he pedido, pero no sabía qué ibas a querer ni cuánto ibas a tardar.

—Ponme un café con hielo, por favor —digo a la joven camarera que está tras la barra—. Buenas tardes, ¿habías venido aquí alguna vez?

—No, la verdad es que no me había fijado en este local hasta ahora, no suelo pisar mucho esta zona, la verdad, soy más de moverme por mi barrio.

—¿Dónde vives?

—Creo que eso no es necesario que te lo diga, vivo en una zona humilde de la ciudad, el sitio donde encontré un alquiler económico.

—Bueno, tranquila, solo era una pregunta sin ningún tipo de interés.

—Pues si no te interesa no sé por qué preguntas.

—Porque quiero conocerte —digo en un tono más bajo.

Ella se queda callada durante un rato, parece que pensando en qué decirme ahora.

—Perdona, creo que he reaccionado de manera inadecuada, no es que haya tenido buenas experiencias con los hombres y eso hace que ponga una barrera a la hora de conocer a alguien.

—No te preocupes, creo que el domicilio es algo íntimo y no debería haberte preguntado

algo así, me salió la pregunta sin pensar.

Ella sonríe y siento que es la primera sonrisa sincera que me lanza en mucho tiempo. A veces son los restos de nuestro pasado los que nos hacen actuar de cierta manera, y solo cuando nos vemos capaces de bajar nuestros escudos es cuando realmente nos comportamos como somos realmente.

—¿Qué tal si empezamos de nuevo? —dice con una sonrisa—. Encantada, soy Luisa.

—Hola, Luisa, yo soy Raúl, encantado de conocerte.

—Lo mismo digo. —Otra vez esa sonrisa.

La cita transcurre sin mayores incidencias y me siento realmente a gusto con esta Luisa, la original al parecer.



Una semana después de nuestra primera cita, aunque no estoy del todo seguro de poder llamarla así, puesto que eso siempre me hace pensar en algo de índole romántica, aunque todos tenemos citas médicas, por ejemplo, es un encuentro por algún motivo, así que sí, voy a llamarlo cita, espero que a ella no le moleste, porque estoy a punto de pedirle la segunda y pienso decírselo así.

—Luisa, ¿cómo tienes la tarde de mañana?

—Pues pensaba aprovecharla para ir de compras con el niño, ha crecido un montón y casi todo le queda pequeño, y ahora que he podido ahorrar algo de dinero, quiero gastarlo en él.

—Entiendo —digo algo desilusionado, aunque, ciertamente, que más da si es tomando un café o haciendo cualquier otra cosa, si a mí lo que me apetece es estar con ella—. ¿Podría acompañaros? Tengo que comprar unas cosas.

—Bueno, si tú también tienes que ir, yo no soy quién para prohibírtelo —dice con una sonrisa.

—Si vamos juntos, nos ahorraremos algo de dinero en gasolina.

—Nosotros íbamos a ir en bus.

—Pero luego para volver cargada con las bolsas y el niño, mejor os voy a buscar a la hora que me digas y vamos juntos.

—Vale —dice con una sonrisa.

Al día siguiente, la jornada se pasa más lenta de lo habitual y en cuanto salgo, voy rápido a casa para arreglarme y estar listo para ir a recogerlos. No sé qué me pasa, normalmente soy presumido, pero lo del día de hoy es excesivo, me he probado tres camisas diferentes para finalmente ponerme la que era mi primera opción, pero quiero causarle una buena impresión al pequeño, aunque realmente ya me conoció hace unos meses, pero a su corta edad dudo que lo recuerde.

Cuando es la hora, ya llevo cinco minutos aparcado delante de su edificio, tanto le molestó el otro día que le preguntase dónde vivía y ayer me dio su dirección sin ningún problema. Le mando un mensaje indicándole que estoy abajo y minutos después bajan ella y su

pequeño.

—Traigo una silla para el coche, me la ha dejado mi amiga.

—Perfecto, no me había dado cuenta de ella. ¿Hasta qué edad usan eso?

—Pues hasta que les sirve, depende de la marca duran más o menos tiempo.

Hago un gesto con la cabeza para mostrar que la he escuchado y me subo en el lado del conductor, esperando que ella termine de abrochar a su hijo y se suba detrás con él.

—Espero que no te importe, es para que esté calmado.

—No te preocupes —digo con una sonrisa.

Cuando llegamos al centro comercial, vamos directos a una tienda en concreto, y aunque se detiene unos segundos en alguna cosa que le gusta para ella, no coge nada, va directa a la parte de niños a mirar cosas para su pequeño. Pese a que no es la primera vez que me encuentro con el niño, hasta el día de hoy no me sabía su nombre, Ezra. El pequeño va tras su madre atento a todo lo que ella coge, incluso escoge alguna cosa, se ve que tienen un vínculo muy fuerte, pese a las horas que ella ha tenido que estar separada de él para poder proporcionarle una vida mejor, aunque lo cierto es que en un país como el nuestro, en todas las familias sucede lo mismo y los pequeños, con todo, valoran el tiempo y crean vínculo con sus progenitores.

La cesta que lleva en la mano se va llenando con ropa para Ezra, pero no coge nada para ella, por lo que me disculpo un momento indicando que tengo que coger unas cosas y que quedamos fuera del establecimiento en un rato. Voy directo a los burros donde vi que se paró y cojo una talla aproximada de lo que creo que le puede valer, entiendo que ella priorice a su hijo, pero también tiene que priorizarse a sí misma, y espero que no se enfade por lo que estoy a punto de hacer.



—Te he cogido unas cosas —digo estirando mi brazo hacia ella con la bolsa en la mano.

Ella me observa extrañada y coge la bolsa ojeando lo que hay en su interior.

—Es... —dice medio emocionada—. ¿Te has fijado?

—Sí. Entiendo que tu prioridad sea tu pequeño, pero yo no tengo grandes gastos y la verdad es que cobro bien, me apetecía hacerte un regalo, espero que no te moleste —digo con algo de miedo.

—Gracias —dice con una sonrisa tímida.

Siento que sus reacciones han cambiado mucho, hace un mes es probable que me hubiese llamado de todo y tirado la bolsa a la cabeza, pero ahora que ya me conoce más y ve que es mi forma de actuar con todo el mundo, su comportamiento conmigo ha cambiado mucho.

—¿Te parece si tomamos algo por aquí y después os llevo a casa? —digo, encarando ya las escaleras que llevan hacia la zona de restauración.

—No suelo comer fuera, creo que es un gasto innecesario —contesta algo más bajo de lo habitual.

—Bueno, el dinero está para usarlo, quieto no sirve de nada, nos tomamos unas pulguitas

y ya nos vale de cena.

—Bueno, si hay patatas para el niño, no creo que el pan esté lo suficientemente blando para él.

—Sí hay, y también unas bolitas de queso, no sé si puede comer de eso. Lo siento, no suelo tratar mucho con niños pequeños.

—No te preocupes, con las patatas va bien, que un día es un día.

Mientras estamos tomando algo, me entra una llamada de Carol que cuelgo de inmediato, ahora no tengo ganas de volver a discutir con ella el tema del bebé, ya la llamaré yo en otro momento.

Cuando terminamos los llevo a su casa como había prometido y, estacionando un momento en doble fila, le ayudo a bajar las bolsas, entrando por primera vez en su casa.

—Es tarde, pero si quieres otro día puedes venir y te cocino alguna cosa típica de mi país.

—Me parece perfecto. —Nos quedamos un momento parados sin saber muy bien qué hacer. ¿Cómo nos despedimos? Finalmente, me acerco a ella y le doy dos besos, añadiendo—: Buenas noches, nos vemos el lunes.



Han seguido pasando las semanas y nos hemos seguido viendo de manera más continua. Tengo clarísimo que siento algo por ella, algo que pensaba que no volvería a sentir después de Carol, y es que probablemente no tenga nada que ver con lo que ella me hizo sentir. Cuando estamos juntos siento esa comodidad que solo se siente cuando estás en casa y, aunque no nos hemos ni besado, no me imagino una semana sin verla fuera del trabajo, a ella y al niño, puesto que mi relación con el pequeño se ha ido afianzando conforme empezaba a pasar más tiempo en su casa. Hoy hemos quedado para que la ayude en la preparación de alguno de esos platos venezolanos que me muero por probar.

—Pensé que nunca llegaría este día —digo jocoso.

—Ya, la verdad es que lo hemos ido retrasando con unas cosas y otras —dice entre risas.

Es un sonido tan bonito ese, el de su risa, tardé demasiado en descubrirlo, pero desde que lo he hecho creo que se ha convertido en mi favorito. Además, en ocasiones, cuando la risa es incontrolable, le sale un sonidito muy gracioso que hace que me enamore más de ella, porque sí, puedo decir que me tiene enamorado pese a que nunca se hayan rozado nuestros labios.

Cuando estamos en la cocina voy pasándole todo lo que me pide de los distintos cajones, a veces nuestros cuerpos se chocan sin querer y es justo en uno de esos encontronazos, cuando nos miramos a los ojos y surge la magia. No sé lo que tardan en rozarse nuestros labios, pero para mí es una eternidad en la que puedo contar cada peca de su cara, cada pequeña imperfección que la hace todavía más única, sus largas pestañas y sus ojos color café que me encantaría que fuesen los culpables de mis noches en vela. En cuanto nuestros labios se tocan, una corriente recorre todo mi cuerpo y, cuando nos separamos, nos quedamos unos segundos mirándonos.

—Guau —dice sin dejar de mirarme.

—Sí, guau, pensé que nunca pasaría —«Mierda, ¿he dicho eso en alto?», pienso.

—Ya, yo sabía que si pasaba sería contigo.

—¿Cómo? —pregunto confuso.

—Sabía que, si en algún momento volvía a confiar sentimentalmente en un hombre, serías tú.

Me quedo mudo, ¿qué se responde a algo así? Por ello vuelvo a besarla, mientras poso mi mano en su cintura, apretándola un poco y sabiendo que separarme de esos labios por segunda vez, va a doler. Tras unos minutos que se sienten como segundos, nos separamos.

—Creo que deberíamos seguir cocinando, si no Ezra va a empezar a protestar.

—Tienes razón.

Continuamos haciendo la comida y, en cuanto terminamos, nos vamos al salón donde el pequeño Ezra espera con Judit, la vecina que ha estado con él mientras cocinábamos y va a quedarse a cenar con nosotros.

Después de la cena, me despido y me voy para casa, pero mientras estoy bajando las escaleras, recibo un mensaje: «Ezra no tardará en quedarse dormido, ¿qué tal si te quedas a dormir?».



Desde aquel primer beso nos hemos vuelto aún más inseparables y, aunque los cuchicheos han infestado la oficina, nos da igual. Después de pasar la primera noche con Luisa en su casa y que fuesen ínfimas las horas que dormimos, llamé a mi hermano para contarle la noticia, al fin y al cabo era nuestro jefe y si alguien debía estar al corriente era él, pues no me apetecía que le llegasen habladurías sobre nosotros, además es mi hermano y, aunque nos separe una diferencia de trece años, siempre nos lo hemos contado todo, o más bien, eso ha sido así desde mi adolescencia.

—Sabes que en algún momento se le terminará el contrato, ¿no?

—¿Y no hay otro hueco para ella? Sabes lo bien que trabaja, estás contento con ella.

—Cambiarla de puesto en vuestra situación podría crear altercados entre los compañeros.

—Es buena en su trabajo, que sea mi pareja no tiene nada que ver. Tú mismo me dijiste que era buena mucho antes de que iniciáramos una relación, por aquel entonces ni siquiera me dirigía la palabra.

—Lo sé, hermano, pero eso no va a evitar las habladurías.

—La gente puede hablar lo que quiera, tú la mantienes en la empresa por su trabajo, no por su relación conmigo.

—Bueno, tengo que darle una vuelta.

Salgo de la oficina de mi hermano y me encuentro con la sonrisa de mi chica, que está preparando unos informes en el ordenador que le pidió mi hermano.

—¿Estás bien? Tienes mala cara.

Con ella soy como un libro abierto, hace meses que lee en mi rostro todo lo que me pasa.

—Pronto va a volver la secretaria de mi hermano de su baja de maternidad, ha pasado ya medio año y no sabe qué va a hacer contigo.

—No pasa nada si me echan, era así el contrato, lo entiendo.

—Eres muy buena trabajadora, mi hermano no quiere echarte, pero dice que los compañeros pueden hablar de que es por estar conmigo.

—¿Por estar contigo?

—Sí... Bueno, soy el hermano del jefe, el que se encarga de contratar gente, y estamos juntos, la gente habla y mi hermano no quiere ese tipo de ambiente aquí.

—Pues que despida a los que hablan, no veo yo qué tiene de malo, no estoy aquí por enchufe, me he ganado mi sueldo con mi trabajo.

—Lo sé, cielo, si así se lo he dicho a mi hermano desde un principio.

—Bueno, hablamos luego, que si lo que queremos evitar son las habladurías no deberíamos estar tanto rato hablando, ambos tenemos cosas que hacer.

—Tienes razón, nos vemos a la salida —digo guiñándole un ojo.

Al salir de trabajar nos dirigimos a su piso, como cada día, para coger a Ezra, que está con la vecina, y después irnos a dar un paseo. Es increíble pensar en lo rápido que se crea una rutina entre dos personas, hay muchas que quieren huir de esto mismo, pero a mí me parece algo precioso. Obviamente, hace falta hacer alguna cosa diferente, pero lo que es crear una rutina justo a una persona, me parece una verdadera muestra de amor.

—Creo que deberíais mudaros conmigo —digo mientras estamos viendo unos dibujos que le encantan al pequeño.

—¿No crees que es muy pronto?

—¿Pronto? Mucho antes de nuestro primer beso ya sabía que eras la mujer de mi vida.

Me da un leve beso, pero tarda unos minutos en contestar, supongo que este paso le parece demasiado serio, aunque prácticamente ya estamos haciendo vida de pareja.

—Estás pagando un alquiler que podrías ahorrarte...

—Vale, nos iremos a vivir contigo.

—Sabía que lo del alquiler te convencería —digo divertido.

—No es por eso —dice poniendo voz de niña pequeña.

—Lo sé, mi amor, no te imaginas lo feliz que me has hecho. —Cojo en alto al pequeño que está sentado en el suelo apoyado en mis piernas—. ¡Ezra, que os venís a vivir conmigo! —El pequeño ríe en mis brazos mientras lo subo y bajo, no sé si consciente de lo que le estoy diciendo o por el juego sin más.



La mudanza pudimos hacerla solo en un día, poco más era que la ropa de ambos, pues el resto de las cosas estaban ya en el piso cuando lo alquilaron.

En cuanto al trabajo, todo sigue más o menos igual, la secretaria de mi hermano todavía no ha vuelto, pero hoy tengo una reunión con él y Luisa para hablar de su futuro en la empresa.

—Buenas tardes. Raúl, Luisa, sentaos, por favor.

Ambos nos sentamos en las sillas que se encuentran al otro lado del escritorio de mi hermano. La verdad es que lo veo más serio de lo habitual y eso me preocupa un poco.

—Chicos, como sabéis, la reunión de hoy es debido a que está cerca la fecha de fin de contrato de Luisa, y para saber qué va a ser de ella en esta empresa. —Hace una pausa dramática, que a mí, que lo conozco, me tranquiliza, pero a Luisa la pone tan nerviosa que comienza a temblarle la pierna—. Pues después de mucho recapacitar y escuchar detrás de las puertas... —Hace otra pausa en la que Luisa me mira con los ojos muy abiertos, ¿nos escuchó el otro día? Bueno, no dijimos nada de lo que tengamos que arrepentirnos—. Me he dado cuenta de que no puedo permitir que esta empresa pierda a una persona como tú, Luisa, por lo que he decidido que trabajes con Raúl en recursos humanos, estoy seguro que le vendrá bien un poco de ayuda.

—¿Cómo? —decimos los dos a la vez.

—Si es que estáis súper compenetrados, sabía que no me equivocaba con mi decisión. Raúl, ve preparando el nuevo contrato. Podéis iros.

Los dos salimos en silencio de la oficina y nos miramos sin saber muy bien qué decir, ¿es esto realmente una buena noticia? Es cierto que llevamos meses trabajando juntos y eso no ha impedido para nada que seamos profesionales, ¿pero hacerlo codo con codo? ¿Esto será una prueba del destino o es mi propio hermano el que quiere probar nuestro amor?



Ha vuelto la secretaria de Braulio, Luisa hace una semana que está metida en mi despacho, en una mesa que hemos colocado en un lateral de la oficina para que ella esté cómoda y las cosas van... viento en popa. No las tenía todas conmigo cuando mi hermano nos comentó su decisión, pero hemos sabido llevar esa conexión que nos une en tantos aspectos de nuestra vida al trabajo de manera que nos compaginamos perfectamente y estamos logrando batir récords a la hora de tener el trabajo a tiempo.

—Sabía que funcionaría —dice mi hermano entrando en mi despacho en un momento que Luisa no está.

—¿Cómo?

—Que sabía que esto iba a funcionar, tenía una mínima duda de que podría ser un desastre, pero sabía que ibais a funcionar bien juntos.

—Bueno, me alegro que tuvieras más fe que nosotros en esto.

—Por algo soy el jefe de una de las constructoras más importantes del país, sé dar con las fórmulas para que esto funcione.

—Si tú lo dices...

—Lo digo, ¿y sabes qué más te digo? Que va siendo hora que des el paso, hermanito.

—¿Qué?

—Otra de las cosas en las que soy experto son los matrimonios, sí, lo sé, los míos no han salido muy bien, sobre todo el último, que fue un auténtico desastre, pero sé reconocer el amor

cuando lo veo.

—¿Sabes una cosa, hermano? —digo palpando el bolsillo interior de mi chaqueta—. Yo también lo había pensado.



Han pasado exactamente tres meses desde que le conté a mi hermano mis intenciones con Luisa. Hoy es viernes, estamos solos, puesto que la antigua vecina de mi chica me hizo el favor de quedarse con el pequeño Ezra para que pueda llevar a cabo mis planes. Hace exactamente un año de la boda en que la conocí y quiero llevarla al parque en el que hablamos por primera vez.

Está comenzando a bajar el sol cuando llegamos y le propongo dar un paseo disfrutando de las preciosas vistas que hay desde aquí de la ciudad. He quedado con Judit junto al pequeño lago que hay en una zona del recinto, va a traer a Ezra y la cajita que esconde el anillo con el que hoy voy a dar el paso, porque sí, «hoy le voy a decir la verdad, quizá comienza mi nueva vida...».

Miro el reloj algo nervioso y entonces veo por el rabillo del ojo como se acerca Judit con Ezra en brazos, veo que le susurra algo en el oído antes de dejarlo en el suelo y darle la pequeña caja de terciopelo. Luisa, sin ser consciente de nada, les está dando la espalda.

—Cariño, llevo meses dándole vueltas a una cosa. —Ella me mira curiosa—. Puede que lo que estoy a punto de hacer te parezca una auténtica locura, pero estoy loco por ti, y si hay algo que se nos da bien a los locos es...

—Hacer locuras —completa ella la frase.

—Sí, mi reina, y hoy no iba a ser menos. —Comienzo a arrodillarme, viendo como sus ojos se abren cada vez más por la sorpresa—. Peque, ven. —Ezra corre hacia nosotros y veo como se empieza a emocionar. El pequeño corre a mis brazos y me da la caja, con él apoyado en mi rodilla, la abro—. Luisa, amor, ¿aceptas mi promesa de que siempre te haré la mujer más feliz de la Tierra?

Veo como las lágrimas de emoción mojan su rostro y al pequeño Ezra asustado, no entendiendo muy bien qué es lo que está sucediendo.

—Mami, ¿qué te pasa?

—Nada, amor, Raúl acaba de hacerme la mujer más feliz del mundo.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Porque mamá está segura de que Raúl podrá cumplir su promesa —dice mirándome fijamente a los ojos.

Me ayuda a levantarme y, con el pequeño en brazos, nos damos un beso dulce, intenso... como sello de que cumpliremos lo que acabamos de prometer.

PRÓXIMOS títulos



SOBRE LA AUTORA

Nacida en A Coruña en el año 1992, desde muy pequeña Rocío ya tenía claro que quería dedicarse a escribir y con tan solo siete años así se lo indicó a su familia.

Desde ese momento ha participado en varios concursos de relatos quedando finalista en muchos de ellos, que fueron los originarios de sus primeros libros publicados.

En 2017, por casualidades de la vida, descubrió la autopublicación, comenzando este recorrido con un pequeño libro de prosa poética "El mundo tras tu sonrisa", a este le seguirían más, y en 2020 publicaría su primera novela "Alma de Cristal" seguida de "Voy a cuidarte", siendo así la primera bilogía romántica de la autora.

Ahora mismo está inmersa en un montón de proyectos y con ganas de tener tiempo para hacerlos realidad.